

LAS ISLAS DE FOE: LOS APRENDIZAJES DE SUSAN BARTON

Josús del CAMPO
Universidad de Oviedo

Dada la peculiar situación política y social de Sudáfrica, la posición de J. M. Coetzee respecto a las fronteras entre literatura y sociedad, entre el alcance de la palabra y su repercusión en el mundo, es particularmente compleja. El silencio y el apoliticismo tienen allí unas implicaciones muy diferentes a las que, aun siendo cuestionables en cualquier parte, podrían sugerir en otros países de habla inglesa. Pero el cuidado en no mostrar signo alguno de complicidad con el poder establecido hace que la tarea literaria se vea condicionada y lastrada por la responsabilidad del compromiso y la denuncia, colocando al escritor en un equilibrio difícil y sutil, reticente a actuar como portavoz literario de su país en un doble deseo de evitar las complicaciones tortuosas de la política explícita y de seguir desconfiando de una idea de poder que, par definición, pudiera siquiera parecerse a la que tantas veces ha hecho de Sudáfrica objeto de denuncia en la escena internacional.

Esa renuncia al maniqueísmo, esa intención de combatir al mal por medios que no se le opongán tan frontalmente que pudiesen reflejarlo como en un espejo, sino mediante códigos nuevos que se salgan de una dialéctica frontal y simplista, es lo que hace que, en *Foe*, la cuestión primordial no sea exponer la imposición de una raza sobre otra con el consiguiente aplastamiento colonial de una determinada visión del mundo, sino el proceso psíquico que hace que esa invasión tenga lugar y la inquietante deducción de que el puesto del agresor es accesible a cualquiera, quizás también al agredido.

No resulta difícil encontrar en *Robinson Crusoe* las claves de un manual paternalista de la llegada del hombre blanco a una tierra extraña. En *Foe* esa situación se vuelve del revés, y no sólo se cuestionan las supuestas verdades últimas que legitiman al colonizador para imponer su credo, sino que se expone la línea divisoria que delimita los territorios del poder, haciendo ver que, precisamente por no ser inviolable, se puede cruzar en las dos direcciones.

Desde el momento en el que Susan Barton llega, extenuada y sedienta, a la isla que ha de servirle de morada, comienza a pasar por un proceso de aprendizaje que desmonta, uno por uno, los pilares más básicos de su pensamiento y la obliga a redefinirlos. La isla sirve como reducto perfecto para semejante propósito, que no es otro que ver que las cosas no se definen únicamente por sí mismas sino también mediante el contraste con lo que las rodea; no sólo por lo que son sino por la ausencia de aquellos rasgos que no tienen, por lo que no son. En el marco implacablemente austero de la isla, el valor absoluto y relativo de las cosas adquiere una dimensión diferente.

En primer lugar, el dolor de Susan no es el dolor de Friday, que camina despreocupado sobre matas de espinos similares al que, al clavarse en su tobillo, ha impedido a Susan dar un paso más. A partir de ahí, el contraste entre su realidad importada y las imposiciones de la isla es constante. Hay dos dolores, pues, y dos islas desiertas: la que ella acaba de conocer, inhóspita y rocosa, y la que el lector convencional espera encontrar, fértil y acogedora. Hay dos soledades: la de quien está acostumbrado al lenguaje humano y la de quien, no echándolo de menos, puede conformarse con los gritos de los pájaros y los gemidos del viento. Hay dos actitudes a adoptar: la de tratar de escapar de allí, lo que ya presupone que se trata de un lugar no deseable, o la de quien, como Cruso duda de la propia huida como noción fiable por haber aprendido, no sabemos cuándo, a vivir dentro de sí mismo y a renunciar a un deseo que, por lejano, pudiera desbordarle y arruinar su adaptación al medio. El viento hace dos ruidos diferentes, según se haya conocido el silencio anteriormente o, como en el caso de los Patagones, se conviva con él durante todo el año. Hay dos olvidos: el que Susan pretende evitar mediante un testimonio escrito que recoja sus experiencias en la isla y el que Cruso ha trabajado laboriosamente para aprender a vivir. La Providencia puede adoptar dos formas, según se trate de un designio paternal que, a los ojos de Susan, sólo podría tolerar la acción del mal en un momento de distracción de sus obligaciones protectoras, o bien la intermitencia inasequible y abstracta que Cruso defiende.

Hay, como la propia Susan dice cuando ya su aprendizaje ha dado bastantes pasos, dos tipos de isla: aquella en la que se encuentra ella en ese momento, en la que las cosas han de verse contempladas en una soledad sustantiva, recortadas contra el vacío, y otra, como Gran Bretaña, en la que la ausencia del fantasma de la soledad no obliga a cuestionarse el mundo a cada paso, simplemente porque está densamente amueblada, y el tedio de vivir está bajo control, sin poder ser nada más grave que un problema secundario y sin obligar al hombre a replantearse su existencia. Y si los pájaros que Susan ha decidido llamar «gorriones no tienen miedo porque nadie les ha hecho daño alguno jamás, cabe deducir que hay dos miedos también: aquél que sólo sería provocado en nosotros por un agresor externo y un miedo más recóndito y antiguo, inmerso en la condición humana y que en todo caso sería «despertado, pero no creado» por nadie.

Susan se pregunta por las leyes de la isla, y por los castigos que Cruso impondría a Friday; para Cruso, las leyes no hacen falta en la isla, y es evidente una vez más el contraste entre las dos concepciones del mundo, bien contemplando a los objetos en su soledad, bien en relación con otros. Cruso ha trabajado su olvido lo suficiente como para desbordar las convenciones del bando colonizador, y al haber adquirido la visión que le permite prescindir del mundo en su conjunto, por considerar que tiene bastante con su isla, no necesita orden porque ha logrado olvidar el caos. El deseo de Susan no es el deseo de Cruso, que basa su poder en la renuncia.

Hay también dos horizontes; el que Susan explora significa la esperanza de avistar una vela que la rescate y la lleve a un lugar mejor. El horizonte

de Cruso, señor de su renuncia y de su olvido, es precisamente la confirmación de su estado de ánimo, que le da pie para fundirse con su propio cosmos en la contemplación, estado que implica una aceptación del mundo que Susan ni siquiera se ha planteado desde su llegada. Hay, finalmente, dos muertes: la del propio Cruso, a bordo del barco al que él no había querido subir, y la que Susan trata de adivinar en la mente de Friday que, al no haber sido testigo de muerte alguna en la isla, podría no haberla concebido en su pensamiento y no conocerla.

Se discute pues, al margen del obvio discurso anticolonial, o partiendo de éste, no solamente lo cuestionable del mundo del vencedor que impone su ley como si fuera ésta la única válida, sino algo más profundo. Una vez asumido que los mandamientos que el legislador ha establecido mediante la palabra no son valores absolutos, surge la pregunta de qué es lo que queda a salvo, qué es lo que no naufraga. No se trata ya de que el dolor, el miedo, la muerte o Dios mismo puedan cambiar de color como la piel de quien los nombra, sino de explorar qué es lo que conservan de común en el ser humano y si son tan antiguos como él.

Al comienzo del segundo capítulo, Susan ya está en Londres, en un mundo delimitado por direcciones concretas en el que tiene que preocuparse desde el principio por el dinero y la ropa. Dentro de un ambiente de simetría calculada respecto a la isla, -describe la habitación de Foe como antes la choza de Cruso, acepta que no haya una vela en toda la casa cuando ése había sido precisamente un motivo de discusión con Cruso, que ensalzaba las ventajas de aprender a vivir en la oscuridad-, Susan adquiere un protagonismo dominante sobre Friday, que depende de ella. Susan se comunica en forma epistolar con Foe, que es quien le manda dinero para vivir, y aprisionada por el lenguaje y las posibilidades que en él va advirtiendo tras su primer aprendizaje en la isla, va tejiendo una espiral de preguntas sobre su propio ser que conviven con su afán didáctico hacia Friday. El deber que ha contraído para con Foe de relatarle sus peripecias en la isla y su compromiso de instruir a Friday la obligan a una intensa actividad mental que la hace cuestionarse en voz alta y de forma progresiva su propia existencia. Cuanto más crece su consciencia de las cosas, mayor es el número de interrogantes que se plantea.

Tienen lugar entonces dos hechos clave: la visita de una falsa Susan Barton que dice ser su hija y, posteriormente, un viaje a Bristol en un intento de devolver a Friday a su tierra de origen. En lo que al primero respecta, Susan advierte que la joven enviada por Foe significa un paso más, ya peligroso, que amenaza con desdibujar los límites de su realidad, y que su certidumbre crece de forma inversamente proporcional a su conocimiento, lo que pone en riesgo de desaparición su existencia misma como personaje que ya no sabe a quién pertenece, si a la historia que está obligada a contar o al destinatario mismo del relato.

Respecto al viaje a Bristol, su interés radica en que los percances que Susan encuentra en su camino constituyen una radiografía del orden social

existente en esa otra isla tan distinta de la primera en que ahora vive, esa otra isla en la que los objetos y las ideas sí tienen referentes en el exterior, con lo que la definición de la realidad es quizá más cómoda pero también más incompleta, sin que haya que atravesar el ritual de la soledad. En Ealing, Susan no tiene otra forma de hacerse con un par de zapatos nuevos que vender un libro. En la carretera de Windsor tiene que huir de dos soldados borrachos, y a partir de entonces tratará de hacerse pasar por un hombre, cuando en la isla no se avergonzaba de sus enaguas. A continuación entra en una taberna de la que es expulsada de forma grosera y humillante debido al aspecto que ella y Friday ofrecen. A unas pocas millas de Marlborough encuentra una niña, muerta nada más nacer, y comprende que cualquier intento de comunicar su hallazgo puede volverse acusadoramente en su contra. Al llegar a Marlborough vende un libro por media guinea. Poco después se encuentra con un viejo que trata de hablar con Friday, con el consiguiente fracaso, y que, tras llamarles gitanos, se despide airadamente. Por último, el capitán del barco que ha de llevar a Friday planea venderlo como esclavo; Susan lo adivina y cambia de planes.

Los dilemas de la isla son puestos en evidencia de forma calculada: la plenitud del lenguaje humano que Susan echaba de menos no es capaz de desenredar la incoherencia y las imprecisiones de sus altercados con el hospedero y con el anciano; las leyes que ella creía convenientes para la isla se revelan ahora tan imperfectas que una buena acción, como el interés por la niña muerta, sólo puede volverse prueba acusatoria en su contra; los hombres teóricamente encargados de defender la civilización se preocupan más bien del poco marcial entretenimiento de perseguirla a ella, una mujer sin protección que no había pasado por semejante trance en la isla, y el destino de Friday, que, como Africa, carece de voz propia y depende de las definiciones ajenas, no es, en lo que de los civilizados depende, volver al desconocido hogar paternalista que Susan ha ideado, sino el mercado de esclavos de Jamaica.

Hay, pues, de un lado un cuestionamiento evidente, ya en la práctica de la comprobación empírica, de todo lo que en la isla era objeto de debate y discusión entre Susan y Cruso. Y por otra parte, se ponen de manifiesto los riesgos del conocimiento en un mundo que apenas ha disfrazado la barbarie, un mundo en el que la literatura parece ejercer una función difusa que emborrona los límites de la realidad tanto como los retrata.

En el tercer capítulo, y abandonado el estilo epistolar del anterior, Susan, acompañada de Friday, acude a visitar a Foe. La constatación de sus dudas experimenta ahora un nuevo avance, pues el destinatario de sus cartas está ante ella, y se convierte en su interlocutor activo. Foe quiere más detalles que desborden el tiempo de la isla, porque ésta por sí sola no da para una historia. Observamos en primer lugar como Foe opta, de las visiones del mundo antes esbozadas, por aquella iluminada por el contraste; no le interesa la isla en sí misma, sino en su relación con Bahía, con la desaparecida hija de Susan, con los caníbales que nunca aparecieron. Y en segundo

lugar cabe decir que no se trata sólo de la pugna entre dos modos de narrar según se ciñan o no estrictamente a lo acontecido, sino de una continuación del conflicto entre realidad y tedio, que pone de manifiesto cuánto o cuán poco de su vivir cotidiano le resulta al ser humano aprovechable para su propio placer: la realidad puede ser aburrida, los caníbales la sazonan. El lector verá en ellos una señal de peligro y una saludable interrupción del proceso de pensamiento que lleva a Susan a un ensimismamiento al borde de la autosupresión.

Susan corre peligro porque está implacablemente decidida a ceñirse a la realidad de los hechos sin salirse un ápice de ellos, al coste que sea. Foe, por el contrario, sugiere varios niveles de realidad que él no considera pertinente cuestionar. Así, en la nueva aparición de la falsa Susan Barton y su supuesta niñera Amy, a Foe no le parece relevante que sean o no fantasmas, que pertenezcan o no a la verdad biográfica de Susan, que se ve progresivamente atrapada en la literatura al tiempo que da señales inequívocas de haber asimilado la lección de dualidad aprendida en la isla: no es lo mismo el silencio forzoso de Friday que el silencio que ella decide voluntariamente guardar, según ella misma le dice a Foe. No es lo mismo, pues, la verdad impuesta que le ha sido deparada al sojuzgado que la verdad, si bien cuestionable al menos autóctona, que el colonizador utiliza para sí, creyéndola exportable y universal.

Susan, pues, ha llegado al límite. Ha desarrollado las intuiciones aprendidas en la isla, y la duda se ha convertido en su señal más fiable de certidumbre. Sólo le queda pactar con Foe, mediante un encuentro sexual tan atípico como el que en el primer capítulo había tenido con Cruso y, libre al menos de ese incómodo frente de lucha, concentrar sus fuerzas en enseñarle a Friday las vocales.

Mucho se ha escrito respecto al cuarto y último capítulo de la novela, en cuyo «yo» se ha querido ver, bien a la voz de la imaginación poética, bien al propio Coetzee en busca de Friday, bien a Susan en un soñado regreso a la isla. La fuerte presencia de Susan como narradora en diferentes estilos a lo largo de los tres primeros capítulos hace pensar que es ella misma quien habla en el cuarto. Una parte sustancial de la coherencia interna del libro quedaría rota si se interrumpiera el proceso mental de Susan, que ha ido desarrollando su propia expresión de forma cada vez más elaborada. El paso hacia adelante que ya supuso en el tercer capítulo la desaparición de un destinatario epistolar no visible y más poderoso que la narradora, que advierte así el vértigo de su existencia poniéndose al mismo nivel que aquel de quien dependía material y literariamente, hace comprensible la total transgresión del tiempo y el espacio que se da en el cuarto capítulo, donde se sugiere que dicha transgresión es el camino final que Susan encuentra para su liberación como personaje que no sólo se permite prescindir de referentes externos en que apoyarse para elaborar sus propias conclusiones sino que demuestra además que no se trata únicamente de que el Oro tenga una voz propia, sino de probar que cualquiera puede ser el Otro.

BIBLIOGRAFÍA

ASIICROFT, Bill, GRIFFITHS, Gareth & TIFFIN, Helen (1989): *The Empire writes back*, Routledge, London.

CAMPBELL, Joseph (1949): *The Hero with a Thousand Faces*, Bolingen Foundation, New York.

COETZEE J.M. (1988). *Foe*, Penguin Books, London.

VAN ZANTEN GALLAGER, Susan (1991) *A Story of South Africa - J.M. Coetzee's Fiction in Context*, Harvard University Press, Cambridge (MA) & London.